



XXVI

EL MARTIRIO DE LA SANTA POBREZA

Qui aurum diligit, non justificabitur.

Quien ama el oro, no será justificado.

ECCLI. 31. 5.

Quiera estimada Margarita: Riéndome á todo reír terminé la lectura de tu grata, viendo las preguntas que me haces sobre el peculio: ¿No conoces tú ese bicharraco? ¿No se cría por ahí por los rincones de tu convento? ¡Pues entonces, dichosa tú! y dichosa tu Comunidad, y dichoso tu monasterio, en el cual no se oye el aullido feroz de ese mónstruo, ni los gemidos de la pobreza santa por él sacrificada, ni el llanto de la caridad fraterna, espirante entre las garras sangrientas de esa fiera, ni los quejidos de la religiosidad, víctima de su implacable saña.

Peculio, ¡nombre maldito! con el cual se designa una cantidad de dinero, procedente de bienes extraños al convento, y permitido al religioso para atender con él á sus necesidades particulares, de modo que á

su arbitrio y libremente puede emplear en ellas tal dinero. Esto, y desterrar del convento á la pobreza, es una misma cosa. Es verdad que el peculio, del cual dispone el religioso con total dependencia de su prelado, no es, absolutamente hablando, contra el voto de pobreza; pero también es cierto que, si el Superior concede un permiso nulo, ya por ser opuesto al espíritu de la regla y constituciones, ya por renunciar el derecho de revocarlo, el peculio es contrario también al voto.

¿Y quién puede contar los males que el peculio lleva consigo? El convento donde ese mónstruo anida, ofrece el repugnante espectáculo de aquellas asambleas reprobadas por San Pablo en su primera epístola á los Corintios. Júntanse á comer las religiosas, pero no á la mesa del Señor, sino á la del diablo; no á la mesa de la caridad, sino á la del egoísmo; porque en la mesa de Dios, que es mesa de caridad, todos comen de un mismo manjar, y en la mesa del egoísmo, que es mesa del diablo, cada cual come el manjar adquirido con su peculio. Y... *alius quidem essurit, alius autem ebrius est.* Unas salen de la mesa ahitas y relamiéndose, mientras que otras padecen hambre.

Las que tienen buen peculio, se regalan opíparamente, y la que no lo tiene, se contenta con bostezar. La primera desprecia á la segunda, porque la cree inferior, y ésta murmura de aquélla, porque la ve regalar, y... adiós paz! adiós caridad fraterna! Luego el dinerillo da cierto aire de superioridad, y... adiós obediencia! La superioridad y el dinerillo crían arrogancia y soberbia, tan facilmente como el madero, la polilla, y... adiós humildad! El temor de que el peculio se acabe ó disminuya hace buscar la manera de acrecentarlo, y... adiós rectitud de intención y celo por la gloria de Dios! Para acrecentar ó conservar ese

peculio hay que atender al trato con los seglares, y... adiós retiro y oración! Sin retiro, sin oración, y con mucho trato de mundo... adiós religiosidad! y sin religiosidad, ¿qué es el religioso?

Maldición, pues, al peculio, causador de tantos males! Prefiero la soledad del yermo al monasterio donde anida ese mónstruo de iniquidad! Y alabo á los Prelados que prefieren la extinción de los conventos á que se viva en ellos vida particular. Duro con ellas! y á cerrar los noviciados, para que acaben por consunción las monjas que no quieren vida común, ni desprenderse de su mísero peculio! Él da muerte á la pobreza santa y á la paz del claustro, á la caridad fraterna y á todas las virtudes religiosas: por eso te dije antes que dichosa tú y dichoso tu convento donde no es conocido. Y no, porque digo esto, vayas á creer que aquí le conocemos, que á Dios gracias no hay tal: aquí lo perseguimos de muerte y preferimos derribar el convento á consentir que anide en su recinto.

Ya en su tiempo el Bto. Jacopone de Todí, el gran cantor de la pobreza, fustigó con finísima sátira á los quebrantadores de este voto. Penetra él con la mente en suntuosas moradas de religiosos, y... cuántas comodidades! qué abundancia! cuántas cosas superfluas! qué lujo! qué grandeza!... recorre con ávida y escrutadora mirada los aposentos, los claustros, las iglesias, y en ninguna parte halla á su amada pobreza: sólo descubre rastros de su paso por aquel sitio, huellas que traducidas á un idioma cualquiera, podrían formar este epitafio:

Aquí estuvo la pobreza
En tiempos que ya pasaron.

A la sátira añade la caricatura este bienaventurado; y á los, y á las mal avenidas con la práctica de

este voto, me los pinta escoba en mano, echando del monasterio á la santa pobreza; y á ésta como mártir perseguida de los suyos, y conducida al suplicio, donde la escarnecen, la azotan, y le dan la muerte. Si! que á la santa pobreza los regalos le atan las manos, las comodidades la escupen al rostro, lo supérfluo la abofetea, el dinero la corona de espinas, el peculio la crucifica y la propiedad la despedaza entre sus sangrientas garras.

No en vano Jesucristo en su evangelio dió á las riquezas el nombre de espinas, espinas conque algunos religiosos suelen coronar á su madre la Pobreza santa, hiriéndose de paso ellos mismos, al tejerle tal corona. Espinas llamó Cristo á los bienes de esta vida, espinas que se pegan al vestido de los caminantes y no los dejan andar libremente; espinas que tomadas en la mano punzan, y apretadas hieren y dan dolor; espinas que pisadas se clavan en los pies y detienen el paso del viajero. Y ¿qué es el religioso, sino un viajero que camina hacia su pátria? Pues sepa que andar entre espinas y no lastimarse, es cosa dificultosa, y tal vez imposible.

Poco importa, por otra parte, que esas espinas sean pocas ó muchas, cortas como las del rosal ó largas como las de pitas; porque las espinas todas hieren, todas punzan y todas lastiman y dan dolor. Pues del mismo modo, poco importa que las cosas supérfluas de que usa el religioso sean grandes ó pequeñas, si tiene á ellas apegado el corazón. Mirar un objeto como propio, y no aficionarse á él, es cosa harto difícil, y la afición es la que hace brotar esas espinas de cuidados y temores, y la afición es la que hace que el religioso las busque y se apegue á ellas, saliendo tanto más herido y ensangrentado, cuanto más se enredó entre esas espinas. Y ¿qué es lo que éstas hieren y ensangrientan

en el religioso? Pues la pobreza, y nada más que la pobreza! ¿Y no es ésto martirizarla? ¿No es coronarla de espinas?

Finalmente se martiriza á la pobreza, gastando donde no hay necesidad, comprando objetos más bien curiosos que necesarios, adquiriendo cosas más bien de lujo que de provecho, y procurando lo mejor, cuando lo mediano basta. ¿Qué le importa al religioso que sus libros estén dorados ó por dorar, con registros de seda ó de papel? ¿Qué le importa que su hábito esté cosido con seda ó con hilo, muy tieso y encopetado, ó muy flexible y sencillo? ¿Qué le importa que sus muebles sean de caoba ó de pino, y su pluma de caña ó marfil? ¿No escribe lo mismo una pluma que otra? ¿No sirve lo mismo un vaso de oro que uno de cristal? ¿No es igual un pobre hábito cosido con hilo que con seda? ¿Sirve más el libro dorado, que el que no ha visto el oro? Y esto tratándose aún de las cosas necesarias, que las que no son tales, ¿para qué le sirven? ¡Ah, sí, no me acordaba! para martirizar á la santa pobreza. Estos son los instrumentos de su martirio.

Para ver, pues, si tú tienes algunos instrumentos de esos, bueno será que, al terminar la lectura de esta carta, des una vuelta por tu celda, preguntándole á las cosas que hay en ella: ¿tú que haces aquí? ¿Nada? Pues ahora irás donde no estés ociosa. ¿Y esto, qué falta me hace? ¿Ninguna? Pues á otro sitio donde la haga. ¿Y tú, de qué sirves aquí? ¿De adorno? ¡Pues ídolos fuera! Que la celda de un religioso no debe estar adornada, sino pobre! Y ten entendido, que mientras no tomes esa enérgica resolución, tendrás apego á muchas vanidades, y no serás de esos pobres de espíritu á quienes está prometido el reino de los cielos.

Mucho más pudiera decirte sobre la pobreza religiosa y sobre la manera de practicarla, porque hasta

el presente no he dicho de ella más que generalidades; he hablado en general de los deberes que impone á todo religioso, y cada Orden religiosa tiene en este punto algo especial, superándolas á todas la pobreza franciscana. Por eso es obligación del religioso estudiar desde el noviciado el alcance y extensión que en su Orden tiene el voto de pobreza, para practicar y guardar esta virtud en la forma prescrita por su regla.

Demos fin á esta materia, y pasemos á otra, recordando antes los avisos dados por el Espíritu Santo en los libros sapienciales. En ellos condena los afectos contrarios á la pobreza; y elogia á los pobres de espíritu por estas palabras: "Quien ama el oro no será justificado, y quien sigue la corrupción lleno será de ella.", "Muchos cayeron por el oro, y en su brillo hallaron la perdición. ¡Ay de los que se van tras él! Dichoso, por el contrario, quien nunca corrió tras del oro, ni puso su esperanza en las riquezas. ¿Quién es éste, y lo alabaremos, por haber hecho maravillas en su vida?," Este es, sin duda, el pobre de espíritu, el buen religioso que ama la pobreza y desprecia el regalo del cuerpo y las comodidades de la vida. Este, fiel á su voto, es probado como el oro en el crisol, y de la prueba sale perfeccionado, por lo cual tendrá gloria eterna, pues al pobre de espíritu está, no sólo prometido, sino dado ya el reino de los cielos, aunque él no lo haya todavía recibido.

Y aquí, mi buena Margarita, quiero que te fijes en las palabras del Espíritu Santo arriba dichas: "Quien ama el oro no será justificado, y quien sigue la corrupción será lleno de ella," porque en estas palabras parece que hay una transición de la pobreza á la castidad, de la cual vamos á tratar más adelante. Diciendo, pues, la Verdad divina, que quien sigue la corrupción será lleno de ella, bien podemos colegir, que quien sigue la

virtud será iluminado con sus resplandores; y quien siga la castidad será perfumado con la fragancia que esa flor exhala, y ennoblecido con los altos timbres que ella ostenta.

El oficio de la castidad es refrenar valerosamente los ímpetus de la concupiscencia, ya procedan del espíritu, ya de la carne, moderando los apetitos y afectos desordenados, para que no arrastren al religioso hacia el precipicio del pecado. Este oficio lo cumple ella poniendo á raya las malas inclinaciones del cuerpo, mortificando los sentidos, marcando su límite á los afectos del corazón, rechazando los malos pensamientos, ahogando los deseos torpes y guardando los sentidos, que son como puertas del alma, para que nadie entre en ella á robar el tesoro de la pureza.

Quien no tiene cuidado de la puerta de su casa, muchas veces hallará dentro lo que no pensaba, ó le faltará algo de lo que allí tenía, y de aquí la vigilancia que se ha de tener con la entrada. Por eso la puerta se hace de modo que pueda abrirse y cerrarse, según las ocasiones: se cierra á los enemigos y á las gentes sospechosas, y se abre á los amigos y á las gentes de bien. Pues ese, repito, es el oficio de la castidad, y sobre las muchas excelencias de esa virtud y sobre los deberes que impone te hablará en lo sucesivo tu afectísimo Padre,

FR. A.



XXVII

EL VOTO DE CASTIDAD: LA VIRGINIDAD Y SUS GRANDEZAS.

Nihil inquinatum in ea incurrit, candor est enim lucis aeternae.

Nada manchado cabe en ella, porque es candor de eterna luz.

SAP. VII. 25.

DEVOTA esposa de Cristo: No puedes figurarte con cuánto gusto me pongo á escribirte sobre el voto de castidad. Me agrada tanto tratar de esa virtud, como aspirar la fragancia de las flores, tanto como pasear por un jardín ameno poblado de blancas azucenas, flor que simboliza á la pureza santa. La mayor alabanza que de esa virtud puedo decirte, es que ella excede á todo encarecimiento, que no hay en las lenguas de las gentes palabras para alabarla bastante, ni en el entendimiento de los hombres bastante capacidad para estimar sus maravillosas excelencias. Dejando á un lado los bienes que en sí encierra, y cuantas grandezas y glorias pudiera de ella contarte de tejas abajo, remonto el vuelo muy alto para decirte de una vez que ella convierte al hombre

en angel, y á la carne flaca en espíritu fuerte; pero esto has de entenderlo de la castidad perfecta, es decir, de la virginidad.

La palabra virginidad la tomo aquí como flor y nata de la pureza, como quinta esencia de la castidad, como privación de todo placer impuro, privación que libremente se impone el alma por motivos sobrenaturales, por aborrecimiento al vicio y amor á la virtud. Y la virginidad así entendida consiste en la abstinencia completá de todo deleite carnal, en no gustar nunca voluntariamente la copa venenosa de los deleites de Babilonia. Pues de esta castidad virginal es de la que digo que hace competencia á los espíritus angélicos, que no abaten jamás sus alas al cieno de la tierra. Esa pureza es la que tú has profesado, y con ella te has hecho competidora de los ángeles del Cielo. Atiende ¡oh Margarita! á la alteza de tu dignidad y á la cumbre de tu gloria, que ya perteneces á las jerarquías angélicas y has entrado en el gremio de los espíritus celestes.

Y no sólo compite la pureza de una virgen con la de un angel, sino que la excede y aventaja, según nos enseñan los Santos Padres; porque el angel no tiene en sí ningún principio de corrupción que le impida ser puro, y las virgenes sí lo tienen; y, á pesar de eso, es tal la naturaleza de la virginidad, que acrisola y refina de tal arte ese principio de corrupción, que lo convierte en incorruptibilidad y en objeto de triunfo, transfigurando al hombre en angel, al cuerpo en alma y á la carne en espíritu de pureza. Grande maravilla es, por cierto, que sin mudar la virginidad nuestra naturaleza, ni quitarnos las malas inclinaciones, tenga virtud suficiente para dominar á éstas y revestir aquella de entereza y candor que aventaje á los espíritus puros.

Esta ventaja resalta más si consideramos que los ángeles viven en una región purísima, donde no pueden llegar los impuros miasmas que la tierra exhala. Porque ¿dónde tienen ellos enemigos que les hagan guerra? ¿Dónde pasiones que les inciten? ¿Dónde demonios que los tienten? ¿Dónde la carne que los incline al pecado? ¿Dónde los malos ejemplos que los provoquen al mal? ¿Dónde los sentidos que los arrastren á la culpa? En ninguna parte. Y nosotros, por el contrario, vivimos en una tierra llena de inmundicias y abominaciones, rodeados de enemigos que nos combaten, de diablos que nos tientan, de carne que nos inclina al pecado, de ejemplos que nos provocan al mal y de sentidos que nos arrastran hacia el abismo de la impureza. Pues, habiendo tanta desigualdad entre ellos y nosotros, ¿no es de mayor mérito y estima conservarnos á su altura en la práctica de esta virtud? Claro está que sí, y por eso las almas vírgenes merecen con toda propiedad el nombre glorioso de *ángeles de la tierra*.

Síguese de aquí que los profesores de la virginidad han hallado un poderoso artificio para ser ángeles de más alta manera que lo son los espíritus celestes; porque lo que éstos tienen por naturaleza, lo alcanzan aquéllos con su valor y su industria, ayudados de la gracia divina. La pureza en los ángeles es un don natural y necesario, que cuanto más tiene de necesario, menos tiene de libre, y cuanto menos tiene de libre, tanto menos tiene de meritorio; pero en los hombres esa virtud no es natural, ni necesaria, sino contingente; y mientras más tiene de contingente, más tiene de libre y voluntaria; y cuanto más libre y voluntariamente la abraza el religioso, mayor mérito adquiere delante de Dios.

De modo que la virginidad abrazada y profesada

con voto perpetuo nos enaltece tanto, que nos eleva al coro de los ángeles, obligándonos á ser por elección y por gracia lo que son ellos por naturaleza; y nos da el realce de ser á fuerza de cuidados y sacrificios meritorios, lo que son ellos sin mérito alguno, porque ningún trabajo les cuesta. Yo bien conozco la ventaja que en el ser natural nos llevan los ángeles; pero conozco también que, á pesar de eso, podemos correr pareja con ellos en lo tocante á la virginidad y conseguir que no nos dejen atrás. Abre, pues, los ojos, querida Margarita, y repara en el valor y hermosura de la pureza virginal, pues ella hace que los habitantes de este sucio y enlodado suelo tengan, si quieren tenerla, la misma limpieza que los moradores del Cielo; y que los hombres mortales y corruptibles corran parejas con los espíritus inmortales é incorruptos, sin dejarse vencer de ellos.

Cosa es esta que adarva, maravilla y aturde á quien bien la considera; porque una persona que profesa virginidad es un portento que asombra á quien tiene ojos para contemplarlo. ¿Qué dirían las gentes, si vieran volar por los aires á una doncella con alas de Serafín? ¿Qué dirían, si vieran su cuerpo vestido de blanca túnica y agil como una paloma, cruzando los espacios? Atónitos á la vista de ese prodigio, unos dirían que era angel con cuerpo humano, y otros dirían que era mujer con propiedades de angel; y aun á los mismos ángeles admiraría ese prodigio y exclamarían entre sí, como exclamaron á vista de la pureza de María, figurada en la esposa de los Cantares: *Quae est ista?* ¿Quién es esta que sube del desierto, como columna de humo de odoríferos inciensos? ¿Quién es esta que se levanta risueña, como la aurora cuando amanece, hermosa como la luna y escogida como el sol? Si es angel, ¿cómo habita entre los moradores de la tierra? Y si es

mujer, ¿cómo se eleva á la altura de los ángeles? Esto mismo digo yo, siempre que descubro los esplendores de la virginidad, al través de las sombras con que el infierno quiere oscurecerla; siempre que hallo una virgen pura, rodeada tal vez de impuras tentaciones; tentaciones que de ordinario sirven para más purificarla y hermosearla, como hermosean á la roca solitaria de una playa las olas furiosas que se estrellan sobre el peñasco, dejándolo cubierto de blanca espuma.

Mas si esta pureza nos trueca por gracia en ángeles terrenos, dándonos en cierto modo ventajas sobre los celestiales, nos debe también revestir de las dos propiedades angélicas que sirven de complemento y adorno á la virginidad. Es propio de los ángeles ser ordinariamente invisibles á los ojos humanos: y esto deben imitarlo las vírgenes del claustro, haciéndose invisibles á los ojos del mundo. ¿Qué tiene que hacer una monja en el locutorio? ¿Qué se le ha perdido á ella en las rejas? ¿Por qué tan fácilmente se hace visible? Poco se parece en esto á los ángeles, y me temo que por esa causa se le parezca también poco en la pureza virginal. La segunda cosa es que cuando los ángeles se dejan ver ó se aparecen á los hombres, se presentan con tanta modestia y dignidad, que no sólo infunden respeto, sino que también inspiran amor á la pureza. Así, pues, la virgen de Cristo, la esposa mística del Cordero immaculado, siempre que se deje ver de los hombres lo ha de hacer con tal recato, que parezca un angel aparecido, que con sus miradas y sus modales difunda por todas partes el precioso olor de la pureza santa que ha profesado. ¡Ay qué mal sienta la desenvoltura en los religiosos! ¡Qué mal parece una broma alegre ó una inmodestia en quien ha profesado pureza! Mas dejémoslos de reprensiones y sigamos cantando las excelencias de la virginidad.

Esta virtud soberana no sólo hace á los hombres angelicales, sino que los hace divinos; no sólo les da semejanza con los ángeles, sino que los hace semejantes á Dios. Más todavía: la virginidad hizo á Dios hombre, y al hombre lo elevó á la dignidad de Dios, haciéndonos consortes de la naturaleza divina; y ésta quizas será la mayor de sus prerogativas. Había determinado Dios bajar del Cielo á la tierra para que los hombres pudieran subir de la tierra al Cielo; había determinado humanarse, salvando el hondo abismo que mediaba entre la pureza divina y la impureza humana; y para surcar ese abismo sin nombre, necesitaba una nave que le llevara á la opuesta orilla; y esa nave fué la virginidad de nuestra Madre inmaculada. Ella lo recibió en su seno virginal, y cargada con tan preciosa mercancía cruzó el ancho mar que media entre lo divino y lo humano, uniendo para siempre á la Divinidad con la humanidad, haciendo Dios al hombre y hombre á Dios, que por eso á Dios humanado, Cristo Jesús, le llama la Iglesia flor de la virginidad, *Germen virginitatis*.

Antes de haberse humanado, deseaba el Verbo eterno venir á este mundo, y no hallaba camino bastante limpio y conveniente á su altísima pureza; deseaba bajar á esta tierra miserable, pero no por el camino cenagoso por donde todos venimos, que antes dejara de hacerse hombre que pasar por tan inmundo sendero; y no hubiera bajado, si la virginidad no le ofreciera pasaje en su purísimo tálamo. Ella le trajo del Cielo á la tierra y de regreso lleva al hombre desde la tierra al Cielo; ella hizo á Dios semejante al hombre, y al hombre que la profesa lo hace semejante á Dios. Bien dijo San Ambrosio, que desde que la virginidad unió lo divino con lo humano, juntando la divinidad del Verbo con la carne del hombre, sin mezcla ni resabios de

impureza, desde entonces se introdujo en la humanidad y se ingirió en nuestros cuerpos el vivir al uso del Cielo, al modo de los ángeles y á la manera de Dios. Y dice muy bien mi glorioso Santo, porque la persona casta que profesa virginidad es un ingerto de celestial en terreno, de angel en hombre y de divino en humano! ¡Virginidad, virginidad! ¡Virtud esclarecida! ¡flor de las flores! Dón divino en que por modo altísimo se comunica la divinidad al hombre, bendita seas! ¡Dichosos los que te poseen! ¡Dichosa el alma que contigo se deleita! ¡Dichosas las esposas de Cristo que contigo se adornan; y dichosa tú, mi buena Margarita, si conservas intacta esa joya de precio incomparable!

Son tantas las excelencias de esta virtud que, si quisiera seguir hablándote de ella, sería el cuento de nunca acabar; porque ella hace al alma esposa de Jesucristo, dignidad la más alta á que puede aspirar la criatura. Pero ten presente lo que dice el proverbio castellano: *Nobleza obliga*; y pues la virginidad ennoblece tanto, claro está que impondrá también serias obligaciones. Cuáles y cuántas sean estas, lo iremos diciendo con el favor de Dios, á fin de que cumplas, en este punto, como perfecta esposa de Jesucristo. El sea contigo, y te haga tan pura y santa como desea tu afectísimo P.

FR. A.